

León Félix Batista, *Negro eterno*. Santo Domingo: Casa de Teatro, 1998.

Cada uno de los títulos de los poemas de la obra *Negro eterno*, Accesit Premio de Poesía Casa de Teatro 1996, de León Félix Batista invita a la bohemia: *El sabor de un cigarrillo en la tarde que moría, Los anhelos que no han sido y el vestido de percal, Cuando se cure bien mi herida, Retrásame la muerte, Jamás la hiedra y la pared, Aunque me cueste la vida, Más que las novias que tuvo Gardel...* (Aún en las pocas referencias a baladas en inglés contenidas en el volumen, se aprecia ese inverosímil perfume de displicencia y picardía: *Put your head on my shoulder, You're my only fascination, Lonely table just for one, There will be an answer, let it be, I want to be a part of it, New York, New York...*).

León Félix Batista con su peculiar forma de nombrar sus textos apela preferentemente a la rica tradición del bolero, a esa agri dulce expresión de una mayoría silente pero sentimental. Esta pintoresca apelación además de evidenciar nostalgia también entraña una efectiva forma de reclamar una cultura. Aunque aparentemente incidentales, las últimas canciones foráneas señaladas, necesariamente flores exóticas dentro del amplio panorama de títulos hispanos, por la incidencia en el ámbito de la isla de una corriente americanista, de asimilación incondicional de todos los valores y patrones de la cultura estadounidense, también constituyen una semblanza de transición importante de esa sociedad de la cual el poeta voluntariamente emigró hace más de una decena de años.

El ser que habita en la música y el verso popular, en el bolero, en cierta manera resume la idiosincrasia, la identidad emotiva del espacio y tiempo que la genera. Con sus referentes melódicos, con su memoria o sensibilidad sonora, el poeta no hace otra cosa que afianzar su identidad, no necesariamente su nacionalidad. Aunque estos términos se asemejan, pronto se distancian; mientras que cualquiera puede legalmente optar a voluntad por una nacionalidad, no existen menües

HPR/113

para la asimilación absoluta de los elementos de una identidad distinta a la propia ni evasión posible aunque se renuncie. De ahí que los barrocos versos de León Félix Batista, encima de su epidérmica etiqueta informal y bullanguera o del drama existencial oculto, perfilen un escritor dominicano de cepa pura, que hace poesía afín a nuestra tradición literaria desde un horizonte lejano.

Entre todos los ritmos, el bolero, con sus melancolías en acompasado aliento cuatro por cuatro, sus dramáticos acordes, sus arpegios desgarrados y su lírica desesperada, en asincopados gorjeos o en apasionada vocinglería heredados de un prolongado idealismo romántico, de tanto tocar como bálsamo, con inocencia o masoquismo, la sordidez cotidiana de mundos envueltos en transiciones monumentales, atrapados entre el perenne fluir de civilización y barbarie, entre justicia e injusticia, entre anhelos y desesperanzas, representa como ningún otro la emotividad latina. Compositores y vocalistas de este género aparentemente macho, pero que involucra con igual devoción las femeninas almas hasta dotarlas de una especie de halo de atracción fatal (v.g. Toña La Negra y La Lupe), asumieron ayer, igual que asumen hoy aunque en menor medida y por razones más bien onerosas, en el resonar armónico de cuerdas, las anécdotas de amores urgentes o traicionados; todo en medio de una época de afirmación de frágiles nacionalismos y muchas frustraciones por las tiranías, la corrupción, la presencia de omnímodos poderes fácticos sumados a la endémica pobreza y marginalidad de todos. Esos textos ligeros, más de hondo arraigo, sobre todo cuando se liban con espíritu de tabaco y ron, fueron y aún son, como lo demuestra el presente poemario, vehículos de desahogo ante la imposibilidad o dificultad de la realización de las fantasías personales (*“el sueño americano”* para la diáspora) y como píldoras infalibles para la impotencia humana, en un contexto más amplio.

Negro eterno, que en el día a día refiere la más peligrosa pócima para el olvido, en este espacio literario encierra paradoja kafkeana. El singular cancionero en sus páginas no acoge la celebración del amor, sino la exacerbación de una soledad casi

enfermiza - el miedo a todo mundo exterior-. Si bien los títulos miran al Caribe y al sur de las Américas, el contenido de los versos pinta, como lo hizo Bacon, los espacios cerrados de la cotidianidad surreal donde el poeta habita: *"La ciudad que yo ideo es como una encarnación"*; los modernos muros que limitan su esencia de aspiración bucólica: *"se hilvanan insistentes automóviles, se/desenrolla un sesgo de engranaje y es un firme/ el que padece las pulsaciones de la mampostería, con tal inconexión"*. Los versos de León Félix Batista, hilados a partir de los estímulos que le llegan de la aridez urbana circundante, revelan una lastimera peregrinación : *"Así llego a la ciudad que es como mucosa/ que injertara a su volumen materia muy lejana, hasta romperse./ Así como el dolor se ubica en zonas álgidas y desde allí se irradia para inhabilitar"*; dibujan, en tanto se desdicen, a esa manzana de extrañeza que es para los criollos New York: *"He vuelto (es un decir) a Dean Street (no/consigue ser retorno el devenir de un/paquidermo). La parada de autobús, palizada de/ meadero, con la misma e infamación./.../Vuelvo pues al/ meridiano de cuanto nos dijimos para poder/filiarlo a las mallas dilatadas de la indeterminación."*

La complejidad de la sociedad múltiple, planetaria, asentada en la gran urbe, capital del primer mundo, así como las añoranzas del universo mestizo de su tropicalidad, definen la hibridez textual de los 87 poemas de *Negro eterno*. En ellos León Félix Batista se arriesga; con inteligente desparpajo se aventura en desvertebrar forma y fondo, tal vez como estrategia de extrañamiento, para sorprender o impresionar al lector. Las frecuentes figuras de pensamiento y el incansable trastrueque sintáctico y semántico, recursos de inevitable invocación barroca, usadas por León Félix Batista vuelve un tanto hermético, inasible, su discurso: *"Se deja incrementar sobre las sienes lanas: sus patillas son gaviotas o como sus facsímiles"*; lo que no le resta seducción y capacidad de empatía a su expresión.

HPR/115

En ocasiones sus ardidres formales parecen inofensivos juegos de niños en comparación con los riesgos ocultos y asumidos por el autor, al sublimar arideces cotidianas a planos poéticos. Lo anterior se contempla, por ejemplo, en el poema *Cuando se cure bien mi herida* donde el poeta a propósito realiza malabarismos conceptuales para festejar una opípara vulgaridad: *"Con mutismo casi al máximo, una pera de cacto/ resaltando en aspersión (excedente del festín) y/ en la base del estómago las anclas de la agrura,/ revolviéndose, muy bien. Combustiona, todavía,/ el múltiplice olor del comistraje: contrito lo/ cerebro, marco mil circunferencias y trasboco/ lo de ayer'.* No queda ahí su pasión casi hedonista, su gusto gourmet por las peripecias expresivas dirigidas a sublimar sensitivas e improbables calistenias culinarias: *"Es patente, legible: un molusco repentino que/ se frunce, espirala y deriva en nervadura que/ ahora mamo"*.

En todo momento y sin descanso, León Félix Batista confronta violentamente la palabra. El decir coloquial se ve abruptamente referido a otra lexicografía, a la de la paradoja o el contraste, para detallar una urdimbre de imágenes novedosas, sumamente elaboradas: *"Aturde un transistor", "Rijosa pelambrera, piel de peces abisales", "sol trapero", "Cuervos prosperando", "Un juego de persianas, ya es menguante"*. El poeta, a Dios gracia, no cree en palabras poéticas o no poéticas: *arquetipo, monitor, polinomio, bíceps, hidrografía, carátulas, mixturas, varillaje, absorción, emascular, anclajes, anélido, Lexicón, simbioses, arbitramento, lapidan, mesándose, imperecer, etc.* Nada lo detiene al concebir atrevidas transformaciones gramaticales, lo mismo convierte nombres en verbos que adverbios y adjetivos en sustantivos.

Su poesía conforma un peculiar estilo de vértigo. Asechanza y alevosía entrañan sus fulminantes cabriolas sintácticas. León Félix Batista agrede las estructuras convencionales del lenguaje como con el escapelo de un despiadado cirujano: *"Aviado de este mapa de la imaginación, recogerme a ver su nuca es obra de la tenuidad. Cuestión*

HPR/116

de dispersar las nebulosas del pitillo, que son ya su areola". En igual sentido, características de su poética son las agobiantes acumulaciones o numeraciones que tanto recuerdan a T. S. Eliot: *"Se llega desde lejos, fácilmente, a su lumbre ya/ negra, y hasta un banco de dunas condensadas./ la medusa que rasca la playa (todavía)/ desinflada por el risco, botellas destrozadas que/ regresan a su génesis. Inevitable afinidad con aquella ramería de extramuros en que estuve".* Acaso sus cabriolas lingüísticas buscan justificar a cualquier precio: *"Hasta ahí mi sacrilegio, la antigua acción/ de culto: me aproximo y a las lindes del/ defenecimiento"*, en planos estéticos todo lo que al ser humano -aún lo vil- atañe.

Definitivamente, León Félix Batista es aventajado oficiente del lenguaje de Cervantes, también Quijote en tanto fruto de confrontación al estilo de Lezama Lima, febrilmente arrojado contra la inercia esterilizante de las fórmulas seguras o recetas de creación. En todo momento se presenta auténtico hasta la crueldad, pues no escatima dolor a quien por curiosidad o necesidad opta por acercarse a su intricado mundo de palabras.

Fernando Cabrera
Casa de Arte, Santo Domingo